

NOTAS

EL PADRE BLAS JARAMILLO

Por Mons. Félix Henao Botero

La muerte de un sacerdote causa una profunda amargura al Cuerpo Místico. Intermediario entre Dios y los hombres, su vida, como dice Lacordaire, se desliza en la tierra y se vincula al cielo. Nuestro Señor al escogerlo con predestinación especial, le entrega no solamente la propia santificación como norma de su vida sino también la glorificación del Padre, mediante el apostolado santificante. Por eso hay tantos huérfanos espirituales cuando el sacerdote se aleja de este mundo para entregar su alma al Creador.

El Padre Blas Jaramillo espigó su apostolado fructuoso en Sonsón, en Rionegro, en La Ceja, en Itagüí, como párroco; y fue además, predicador, pedagogo, confesor y consejero en colegios, institutos y universidades. En los últimos tiempos, no obstante la delicadeza de su salud, fue capellán de la Universidad Obrera y padre espiritual en el Bachillerato de la Universidad Pontificia Bolivariana, al mismo tiempo que ayudaba a su noble hermano, el sacerdote ejemplar en la parroquia de la Medalla Milagrosa.

Su enfermedad fue tan ejemplar como su muerte. Entregado a Dios totalmente desde el primer instante, exquisitamente agradecido con todo el personal de médicos, religiosas y enfermeras, de la excelente Clínica Medellín, emocionado con el permanente acceso de los sacerdotes a su pieza, gallardo y gentil, suave y señorial, fuerte en la adversidad, enardecido en el amor a Nuestra Señora y filialmente confiado en la Santísima Trinidad cuyo misterio adoró, propagó y tuvo como su devoción primordial, desde el día de su sacerdocio hasta la mañana de la entrega en brazos de Dios.

El Padre Blas Jaramillo, ilustre por su familia, no lo fue menos por su categoría espiritual, por la claridad de su inteligencia, la prudencia en aconsejar, la brillantez en realizar y la audacia en la ejecución de las obras de apostolado. Una sola cosa le afligió durante su enfermedad y fue el pensar que tal vez algunos cristianos no hubieran entendido, con perjuicio en el ejemplo, las filiales renunciaciones que presentó algunas veces. Pero fuimos confidentes de su amargura y quiso que las contáramos en público: la causa única era su mala salud física y aun psíquica, debido al tormento interior que le torturaba al no poder dar la totalidad de su deseo en las obras del apostolado.

En cada una de las parroquias e instituciones que le confió la obediencia dejó obras que perduran por su eficacia y madura concepción; cada vez que

Notas

se apartó de un lugar dejó el ambiente embalsamado con sus virtudes de sacerdote y de ciudadano y su huella sacerdotal fue muy profunda por las dotes de señorío, distinción, prudente agilidad y abnegación.

Ante esa tumba tan querida todos rezamos y pedimos al Señor que su ejemplo nos adoctrine, vivifique y consuele.

Cuán hermosa es la muerte del sacerdote justo.

UNA BIOGRAFIA DE JUAN DE DIOS ARANZAZU

Por Emilio Robledo

Invitados por el señor director de "El Colombiano" a colaborar en el N.º 13.000 de este prestigioso diario, hemos creído oportuno dedicar un breve estudio a la importante biografía que acerca de nuestro ilustre compatriota don Juan de Dios de Aranzazu acaba de publicar el doctor Gabriel Henao Mejía y que hemos leído con especial complacencia por tratarse de un personaje cuyo nombre nos es familiar desde nuestra ya lejana juventud. Y decimos que es oportuno porque Aranzazu empezó su vida pública como brillante periodista en los precisos momentos en que apagados los fuegos de la contienda emancipadora, aparecieron los primeros brotes de las luchas ideológicas y se necesitaba una orientación de las masas, serena, independiente, ilustrada y culta, cual fue la propugnada por los redactores de "La Miscelánea" como lo veremos luego, uno de los cuales fue Aranzazu.

La grafía del apellido euskalduna Aránzazu se modificó a su paso a América con la supresión de la tilde, convirtiéndose de esdrújula en grave. A veces el pueblo trueca la U en O y aun suele oírse de vez en cuando pronunciar Aranzazú. Aranza, en euskalduna significa espina, de donde se formaron los apellidos Aranza, Aranzadi, Arancibia, Aranzazu, Aranceaga, etc.

La preposición DE, antepuesta a los apellidos, significa procedencia y por consiguiente, se usó siempre en los toponímicos sin que significara título alguno nobiliario. Con todo, el pueblo creyó que aquello olía a linaje y empezó a suprimirla desde fines de la Colonia, pero especialmente en la época de la República. Así vemos que en los documentos notariales y en la testamentaria, apellidos como de la Calle, de Restrepo, de Arango, etc., suprimieron la preposición. Por excepción, Aranzazu conservó siempre la DE en su apellido porque sabía que así era y que nada tenía que ver con títulos nobiliarios, y que entre los vascos, de donde eran sus mayores, casi todos los apellidos son toponímicos y llevan la preposición.

Tras una Introducción plena de amor emocionado al paisaje y de admiración a la estirpe, el autor se adentró en los orígenes del prócer. Dicho sentimiento y el apasionado fervor por la tierra nativa, que manifiesta el autor, se llevan tras sí la simpatía del lector al sentir el migajón de tierra húmeda de la campiña, las arboledas y frescuras, el agua clarísima y la muda soledad de la llanura verde.

Aranzazu nació en 1789, en el antiguo Cantón de Rionegro y en el sitio que más tarde se llamó La Ceja. En la casa paterna y en Rionegro aprendió primeras letras y luego se le envió a Bogotá, al Colegio de San Bartolomé, donde fue discípulo de García Rovira y donde lo sorprendió el 20 de julio de 1810. A pesar de sus doce años fue tal su entusiasmo por las nuevas ideas que la fa-

Notas

milia para atemperar sus ardores, lo envió a Maracaibo donde tenía negocios de comercio. No habiéndose conseguido el objeto buscado, pues en aquella ciudad venezolana había gran fervor por la emancipación, se le envió a continuar estudios a España. En la travesía ocurrió un naufragio del cual sólo salvó la vida y se refugió en Veracruz, donde permaneció algún tiempo en medio de grandes penalidades mientras la familia se percató de que había perdido cuanto llevaba consigo y que no había sucumbido gracias a la abnegación de su fiel criado Martín y a que el propio Aranzazu que desde temprano tenía una bella letra española, la había utilizado sirviendo de pendolista. Cuando ya se familiarizó con el medio, se ejercitó en el comercio en las islas Antillas y más tarde regresó a la patria cuando la República se había afianzado después de Boyacá, dispuesto a servir al país a despecho del mal de Pott o tuberculosis vertebral que empezó a aquejarlo desde temprano.

El doctor Henao Mejía relata las diversas circunstancias de la vida de Aranzazu hasta su regreso a la querencia nativa, donde se dió a la vida tranquila del campo y al estudio asiduo de los autores españoles y franceses especialmente. Dotado de naturales dones de inteligencia y de una dicción fluente y castiza, aparte de prendas personales que lo hacían atrayente, el joven Aranzazu se llevaba tras la estima de cuantos le trataban a juzgar por lo que acerca de él escribieron más tarde sus mismos compañeros y admiradores.

La vida pública de Aranzazu comenzó con la vida constitucional de la Nueva Granada. Con efecto, en 1823 fue nombrado Representante por la Provincia de Antioquia y concurrió a la Cámara reunida en abril de dicho año. Desde entonces se distinguió por su aplicación a los asuntos de hacienda pública y por la visión clara de las relaciones internacionales. Durante su permanencia en la capital de la república adquirió relaciones perdurables con lo más granado de la sociedad y con jóvenes coetáneos de gran cultura tales como el señor Rufino Cuervo, Alejandro Vélez, Mariano Ospina Rodríguez, José Angel Lastra, Pedro Acevedo, con quienes fundó en 1825, excepto el doctor Ospina, "La Miscelánea", periódico que durante un año sembró principios de probidad, de cultura política y de independencia en el concepto. "Luchamos —escribían al despedirse del público en junio de 1826— contra el fanatismo religioso, las preocupaciones militares, la infatuación masónica, la arbitrariedad en el mando, los defectos de las leyes, las faltas de su aplicación, los conatos de transgredirlas y la rapiña contra el tesoro nacional". La colaboración de Aranzazu se distinguió al decir de su primer biógrafo, el doctor Ospina, por "la hermosa frase y estilo florido" y agrega que "sus escritos contribuyeron notablemente a despertar el gusto por la lectura de las publicaciones periódicas". Por su parte don Rufino José y don Angel Cuervo, en su obra "Vida del doctor Rufino Cuervo", afirman que los escritos de Aranzazu "se distinguen por una sencilla elegancia sin género alguno de prestados afeites y por su corrección y claridad".

Fue en aquella época cuando revivió los títulos de posesión a las extensas tierras realengas que la Corona había otorgado a su padre don José María de Aranzazu, y cuya posesión se había interrumpido durante la revolución de Independencia. Dicha concesión se extendía desde el río Pozo, hasta el Chinchiná, donde se fundaron las poblaciones de Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales y Villa María; porque si bien esta última quedó perteneciendo al Cauca, su fundación fue un atropello a la geografía, pues se comprobó entonces que el Chinchiná no era el río que quedó con ese nombre sino el río Claro.

Para refrendar sus derechos a aquellas tierras, Aranzazu fundó a Sala-

Notas

mina en aquel entonces, como lo afirma él mismo en correspondencia dirigida en 1843 al coronel Juan María Gómez: "... la Intendencia me lo refrendó el título original en 1824, y se me dió posesión judicial de las tierras y en ellas estoy, y fundé en lo que era un desierto a Salamina, y regalé tierras a los pobladores, y he franqueado las más a cuantos han querido ir a trabajar a ellas, y he hecho gastos considerables".

A este propósito debemos manifestar nuestra incormodidad con el concepto que al doctor Henao Mejía le merecen la obra colonizadora de Fermín López y la exaltación que de ella hizo uno de sus descendientes, Juan B. López en su obra sobre Salamina, a quien ni siquiera nombra. No; Fermín López fue un labrador honrado, inteligente y de grandes iniciativas. Salido de Rionegro donde fue mayordomo de la familia Aranzazu, fue de los pobladores de Sonsón, de donde emprendió su odisea hacia el Sur y se instaló en terrenos que más tarde supo, pertenecían a la familia Aranzazu y entonces levantó sus tiendas y fue el primero que se instaló en Manizales; pero cuando se percató que dichas tierras no eran realengas sino de los mismos propietarios Aranzazu, alzó de nuevo con su familia y fue a fundar a Santa Rosa de Cabal. Fermín López fue, pues, no sólo un "sencillo colono" sino un fundador de ciudades y un nuevo Nembrod delante de Tavé.

En 1828, Aranzazu participó en la Convención de Ocaña y no como miembro pasivo ciertamente sino en su condición de hombre de gusto medio y de amigable componedor entre los santaderistas y los bolivianos enfrentados allí y resueltos a no transigir, por lo cual los esfuerzos de Aranzazu, Castillo y Rada, Montoya y otros moderados, resultaron inútiles.

En 1829 quisieron comprometer a nuestro prócer en la insurrección de Córdoba, pero aquel hombre de juicio sereno y reposado, dió al Héroe de Ayacucho consejos prudentes que no fueron seguidos y que de haberlo sido, hubieran ahorrado aquel estéril sacrificio y la mancha de la horrenda muerte.

En 1830 hizo parte del Congreso Admirable y fue comisionado por el mariscal Sucre para ir a Venezuela a tratar con Páez y sus adlateres referente a la pervivencia de la Gran Colombia. Sucre no pudo concurrir: el destino lo llevó al deshonor de Berruecos; en su reemplazo fue el Obispo Esteves; pero esta noble misión resultó también infructuosa y Aranzazu se vió atacado agudamente por el recrudecimiento de su dolencia crónica y hubo de permanecer en Maracaibo hasta 1831, de donde regresó a Antioquia para ir en seguida a la Convención que convocó el gobierno y que dictó la ley fundamental de la Nueva Granada en febrero de 1832, primera de las Constituciones dictadas para el país. Reconstituída la Provincia de Antioquia, Aranzazu fue nombrado gobernador y como jefe de la administración desplegó grandes actividades en todos los ramos, e iniciativas y realizaciones que han perdurado por más de una centuria.

Aunque sea rápidamente, veamos algunas de aquellas iniciativas. En punto a educación pública, Aranzazu, a fuer de hombre pragmatista comprendió que un pueblo minero como el de Antioquia necesitaba ilustrarse en dicha industria. Al efecto movió todo género de arbitrios hasta hacer venir al Profesor Brugnely para enseñar mineralogía, química y física industriales en el Colegio provincial, que es decir la Universidad actual. En estas diligencias fue un auxiliar muy eficaz Mr. T. Moore, ingeniero inglés que desde entonces se vinculó noblemente al progreso de Antioquia hasta su muerte. Fundó la Casa de Moneda o de Fundición y Ensayes. Aumentó visiblemente el número de la escuelas de primeras

Notas

letras en términos que en 1835 ya ascendían a ochenta y cinco, a las cuales concurrían 3149 niños.

En punto de vías de comunicación debemos recordar que Aranzazu fue un verdadero precursor de la Carretera al Mar. En su informe de 1833 se expresa así: "Tiempo es ya de que pensemos en sacudir el yugo de la rutina, en elevar a nuestra patria al puesto a que la llaman su situación sobre el globo, el genio emprendedor de sus hijos y en dar a la agricultura y al comercio el ensanche de que son susceptibles, llamando a los mares de Antioquia los pabellones del mundo mercantil". Y agregaba: "...Vastos y fértiles terrenos del Noroeste, en las márgenes del río León, en las riberas del San Jorge y en la parte litoral del Golfo de Urabá, a la derecha del Atrato; arrojad desde ahora los fundamentos de su futuro engrandecimiento". Cuán grato fuera a los que tenemos un culto a la memoria de este compatriota eximio, que se conmemorara el centésimo vigésimo aniversario de esta iniciativa con la inauguración de la Carretera al Mar!

Fue Aranzazu quien dió nombre a Girardota y Liborina; quien autorizó la erección de Campamento y Entreríos en parroquias y elevó a Ebéjico y Cocomaná a la categoría de distritos. Pero debemos recordar que en todas estas actividades de gobierno Aranzazu contaba con la colaboración eminente del doctor Mariano Ospina, su secretario de gobierno y desde entonces su leal amigo y colaborador.

En 1837 concurrió nuevamente al Congreso como senador por Antioquia y fue llamado por el presidente Márquez a la cartera de hacienda y a correr todas las peripecias y varias fortunas de aquella administración atormentada por los Supremos.

En 1841, como presidente del Congreso de Estado le tocó presidir la presidencia de la república. "Aquí —dicen a este propósito don Angel y don Rufino J. Cuervo en la "Vida" de su padre— donde se pensaba darle un puesto igual a sus fuerzas físicas y no desproporcionado a sus merecimientos fue donde hubo de ostentarse toda su fortaleza y patriotismo: casi disuelta la república, cae enfermo el vicepresidente Caicedo, y tiene que ocupar su lugar el que apenas podía menearse. Tendido en una hamaca oía al Consejo y despachaba todos los negocios con una serenidad que no eran parte a turbar ni los desastres del gobierno ni los más acerbos dolores físicos".

En el mismo año de 1845 a su antigua enfermedad vino a agregarse un cáncer de la lengua, que lo llevó a la tumba el 14 de abril.

El doctor Henao Mejía sigue con gran cariño todas las alternativas de su biografiado en un estilo pulcro en lo general y que invita a su lectura. Tenemos, sin embargo, que censurarle la falta de técnica en la manera de citar a la mayor parte de los autores de que se ha servido. El lector que se interesa por esta clase de estudios desea conocer las fuentes que han alimentado la inteligencia de los autores y en la obra sobre Aranzazu apenas se barrunta que se auxilió de los señores Cuervos nombrados, y de pocos más. Si es verdad que las numerosas citas fatigan a veces existe el sistema de nombrar los autores al fin de cada capítulo y la más moderna de hacer un índice final de todas ellas. En todo caso, es preciso recordar que el hacer constar la biografía de que nos servimos no solamente no merma el mérito del autor sino que, antes bien, le da seriedad y convence al lector de que no se ha escrito a lumbre de pajas sino a la luz de diferentes candelas.

Felicitemos al doctor Henao Mejía por habernos dado ya completa la Vida de Juan de Dios Aranzazu, a quien tanto deben los colombianos.

UN OFICIO DE LOS COLOMBIANOS

Por Gabriel Henao Mejía

Guillermo Valencia, en alguna ocasión y meses antes de morir, al ser requerido en la ciudad de Cali por su profesión u oficio dijo que era "agricultor". Ahora Alfonso López ha afirmado lo propio en Londres, con ocasión de su segundo matrimonio.

Podrá decirse, con asidero en la realidad, que el ilustre poeta payanés y el inquieto político colombiano hicieron tal aseveración por recato o modestia? La empeñada voluntad de ambos se encargaría por sí sola de destruir tal aserto, si sus vidas mismas no fueran testimonio de que tal atributo del espíritu no alumbró con demasiada frecuencia el alto númen de Valencia ni aparece, siquiera excepcionalmente, en la arisca biografía de López. Fue entonces un cordial desplante ante la inútil pregunta del funcionario menor que para llenar una planilla propuso una cuestión que la misma historia de la patria puede absolver exactamente? Tampoco lo creemos, porque la seriedad de las circunstancias y la adustez ilustre de los protagonistas, descarta esa posibilidad. Fue, por cierto, el florecimiento de un recuerdo, de un anhelo, de una frustración de su vida? Menos, porque ni el uno fue un frustrado intelectual para la gloria que disfruta, ni el otro un frustrado conductor político para la cauda de opinión que mantiene.

Porque hay algo más que una cordial y amable verdad en esta afirmación. Es la verdad, no de los dos personajes ilustres, sino la verdad de Colombia. Ser agricultor, es el auténtico destino de este pueblo, destino que por ser total es misión en servicio del porvenir con raíces invariables en la realidad sociológica de Colombia. Porque mucho más que una realidad económica —que por cierto lo es también en forma radical— la agricultura es para nuestra nación una realidad imperativa de su sociología. El destino de este pueblo —en todos los campos de su actividad— se mueve y desarrolla en función de agro. El campo no sólo es la manifestación telúrica más caracterizada de este país, sino que en él habita, sufre y labora el verdadero y auténtico hombre colombiano, sin mistificaciones, sin retoques, sin dobleces. Ese calor y ese color vegetal que vivifica la campiña, hace que sus hombres sean distintos en su mentalidad y distantes en su personalidad del resto del conglomerado social. La patria surge allí espontánea y se siente crecer como la simiente en el surco, bajo la tutela amable de esos robustos hombres olvidados en las esferas oficiales, no tenidos en cuenta en el ajeteo político, dejados indefensos frente al intermediario voraz, pero erguidos bravamente —cual columna vertebral de la república— sin que el peso de la incompreensión o el fardo del olvido o el dolor de las propias angustias, puedan doblar en su empeño de crear y de crear. Su fe de campesinos es para Dios y para la patria, sin que cuenten los hombres ni los días.

Ellos son la patria y todo colombiano aspira a ese título. Lo es en potencia o en la realidad, pero lo es siempre. Ese su sino que se confunde con el destino de Colombia. Y el hombre colombiano que ha buceado con atención en la vida de esta nación, tiene mejores razones para aspirar a ese título, sin que sea usurpación —recordemos a Valencia y a López— llamarse agricultores. El resume y resume la verdad de esta patria, su total realidad, su exacta posición como país y como pueblo. Y por ello, precisamente, cada vez que se olvida de este hecho —y ocurre con más frecuencia de la imaginable— torcemos la ruta

de nuestro destino y seguimos por el despeñadero del caos. Cuando un colombiano —así sea un expresidente de la república o una luminosa figura de nuestro mundo intelectual— quiere representar a la nación colombiana por su oficio, se llama —con arrogante serenidad— agricultor, que es a la vez orgullosa filiación frente a la patria y testimonio claro de interiores deseos, cumplidos o por cumplir.

UNA GRAN EMPRESA COLOMBIANA

Por Abel Naranjo Villegas

La Facultad de Ingeniería Química Industrial de Medellín, es una de las Facultades preferidas de la gran Universidad Pontificia Bolivariana. Con motivo de la celebración del primer Congreso de Químicos Industriales el país ha podido conocer lo que significa el aporte de esta Facultad al adelanto técnico del país. En un período de expansión industrial de las proporciones del que viene recorriendo Colombia, a esa Facultad le ha correspondido la primogenitura en el aporte del material humano con que se está llevando a cabo la prodigiosa transformación.

Basta saber que hasta el año pasado esa Facultad había egresado 140 estudiantes graduados en química industrial que están todos al frente de la sección técnica de las primeras industrias nacionales.

La Planta de Soda de Zipaquirá tiene nueve ingenieros químicos de la Bolivariana. Bavaria tiene catorce. La Compañía de Petróleos ocho; Fabricato, Coltejer, Cartones Colombia, Colombiana de Tabaco, Colombiana de Curtidos, Siderúrgica de Paz de Río, Siderúrgica de Medellín, Fábricas de Licores de todo el país, Acueductos Municipales, Anilinas, Granjas Cafeteras, Viscosa, Empresas Eléctricas, Gaseosas, Lubricantes, etc., etc., son todas empresas que ocupan los servicios de ingenieros químicos salidos de aquel centro de la cultura nacional. Lo que significa para el país como ahorro de divisas extranjeras el ejercicio profesional de todos estos ingenieros químicos hay qué apreciarlo si se tiene en cuenta que todos ellos serían extranjeros a quienes habría que pagar en monedas nacionales de sus países o se hubiera paralizado el ritmo de nuestro desarrollo industrial. La creciente industria colombiana absorbe absolutamente todo el personal de egresados de aquella facultad porque su preparación técnica y el sentido de honestidad profesional en que se inspira su dirección, los constituyen en una verdadera garantía para el progreso espiritual y material de Colombia.

Dotada la Facultad de magníficos laboratorios y equipos de experimentación y de bibliotecas espléndidas para la investigación ha sabido colocarse en muy poco tiempo a la cabeza de las similares del país. En un ambiente de tranquilidad y de estudio la profesión de ingeniero químico ha alcanzado los máximos honores y un ambiente de estímulo admirable de la sociedad y del gobierno.

Este mérito incuestionable hay que apuntárselo a la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, porque cuando se fundó hubo algunas voces eminentes pero pesimistas que creyeron que iba a continuar la misma tradición de las facultades colombianas, reducidas a las tres clásicas profesiones de Derecho, Ingeniería y Medicina. La Pontificia Bolivariana, por el contrario, asumió al aire moderno sin romper con el ambiente humanístico de nuestra tradición católica y bolivariana.

Ha sido una síntesis afortunada de la tradición y de las necesidades de Colombia porque allí se cursan, a un mismo tiempo, las más exigentes discipli-

nas humanísticas de filosofía, letras y derecho y química industrial, ingeniería eléctrica, arquitectura y urbanismo, comercio e industrias, etc., etc.

El Rector Magnífico de este gran laboratorio de la cultura nacional, el ilustre Monseñor Félix Henao Botero, es una de las más auténticas personalidades colombianas que conocemos. Hombre de severas y envidiables disciplinas clásicas, es a la vez un estudioso de nuestros problemas colombianos y fruto de esos estudios son las numerosas facultades como la química industrial, con que aumenta diariamente el patrimonio material y espiritual de la Universidad, con el exclusivo fin de servir los intereses y llenar los intereses del desarrollo del país. No existe allí un solo detalle a donde no acuda la solícita intervención de Monseñor Henao Botero, uno de los grandes empresarios de la cultura colombiana, estadista y servidor de la causa de nuestro progreso material y espiritual. Pertenece él a aquella raza de los wikingos, poderosa y señorial, a los que atribuye Spengler la dominación europea de la técnica y de la cultura continental.

La obra que viene realizando la Facultad de Ingeniería Química Industrial de Medellín es sin vacilaciones, uno de los aportes más eminentes que le está prestando al desarrollo de Colombia la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín y una de las más ambiciosas realizaciones de la estirpe.